

# NUNCA MAS



## Lilli Jahn, la última judía del pueblo

FERNANDO ARAMBURU

Gentileza de Lina Dubowsky

Uno atraviesa con zapatos de domingo un prado que alguna vez, en tiempos remotos, fue escenario de una cruenta batalla. O descubre, yendo por la calle, una fachada de asperón en la que todavía se perciben las huellas de los disparos de aquella guerra que estudiábamos en el colegio. Pudiera ser que un pariente nos muestre una fotografía amarillenta, un chisquero roñoso, un reloj de bolsillo, objetos que, después de más de medio siglo de abandono dentro de un arcón, nos recuerdan quizá que procedemos de un abuelo fusilado en algún recodo abominable de la Historia.

En casos así, uno da en formularse ciertas preguntas, movido por el prurito de resolver un enigma, de alumbrar el rostro de los antepasados o espoleado por la simple curiosidad. Acude entonces a los libros, acaso a las hemerotecas, donde probablemente hallará más datos de aprovechamiento general que respuestas a su particular incertidumbre. De poco servirán nuestras pesquisas si los testigos que pudieran proporcionarnos testimonio fidedigno de épocas pasadas reposan bajo la tierra. O si, como ocurre con frecuencia, éstos todavía viven, pero no están dispuestos a revelar pormenores de su experiencia traumática, quizá en el temor de que su relato no sea comprendido, renueve un dolor o termine aireado de manera frívola en los medios de difusión.

Al fin, por uno u otro motivo, no queda nadie que pudiera transmitirnos la historia pequeña, la de los sucesos cotidianos de los individuos concretos, a pesar de que nada acaeció jamás sobre la ancha faz de la tierra, por muy digno que fuera de perdurar en letras de molde, que no hubiera tenido su puñado de protagonistas con nombre propio. A veces, sin embargo, se le antoja a la fortuna sacar a la luz, al cabo de los años, uno de esos destinos particulares que nos recuerdan que, tanto como en la suma ordenada de hechos relevantes susceptibles de interpretación, la Historia consiste originalmente en cosas que le han ocurrido a alguien.

A finales del año 2002 vimos expuesto en los escaparates de las librerías alemanas un relato veraz centrado en la tragedia de una mujer de raigambre judía, llamada Lilli Jahn. El libro, cuya repercusión en las conciencias del lugar fue más que notable, apenas guarda semejanza con la literatura testimonial del Holocausto a que estamos habituados. Para empezar, no consiste en la crónica de un superviviente. Ni siquiera se trata de una crónica; antes al contrario, de una colección de documentos familiares, cartas en su mayoría, que, redactadas con sencillez y entreveradas de escuetas aclaraciones por parte del compilador, configuran una de las biografías más patéticas y enternecedoras que se

conocen. Por todo ello, tanto como por la inclusión de numerosos textos salidos de cándidas manos adolescentes, creemos que no andan descaminados quienes han situado el libro en la onda del célebre diario de Anna Frank.

Por espacio de cinco décadas, cerca de 250 cartas que Lilli Jahn había recibido durante el medio año que estuvo internada en el campo de trabajo de Breitenau, al sur de la ciudad de Kassel, permanecieron guardadas dentro de varios sobres y cajas. Cierta cantidad de misivas, de paquetes con alimentos y de productos para la higiene personal le fue entregada bajo mano, se conoce que con la ayuda de algún cómplice. La osadía habría podido costarles la vida a los remitentes, que no son otros sino sus propios hijos. Se da por seguro que la intercesión compasiva de una guardiana del campo evitó la destrucción de las cartas. Poco antes de que Lilli Jahn fuese deportada a Auschwitz, en la primavera de 1944, una persona anónima se encargó de llevárselas a su hijo mayor, Gerhard Jahn, quien andando el tiempo llegaría a ejercer un cargo de ministro en el gabinete de Willy Brandt.

Hasta el día de su muerte, acaecida en 1998, Gerhard Jahn custodió celosamente las cartas, sin revelar jamás a nadie la existencia del delicado legado. Sus cuatro hermanas, ¿qué otra cosa podían suponer sino que con la desaparición de la madre se habían perdido también aquellos papeles confidenciales, presumiblemente arrojados al fuego junto con el resto de las humildes pertenencias de la prisionera? Claro está que, a pesar de los años transcurridos, las hijas de Lilly Jahn se acordaban de las cartas. No en vano las dos de más edad, Ilse y Johanna, fueron quienes, siendo mozas, redactaron la mayoría de ellas. Ni en sueños hubieran podido imaginar que, llegadas a la senectud, sus ojos volverían a recorrer aquellos lejanos renglones escritos por ellas mismas con caligrafía adolescente y una emoción filial que parte el alma de quien hoy los lee.

Cierto día de 1999, las cuatro hermanas se reúnen para compartir recuerdos y lágrimas. Por turnos leen las cartas en voz alta. No faltan sonrisas suscitadas por este o el otro pasaje candoroso. Tras la lectura, convienen, como su hermano cinco décadas antes, en devolver a los sobres y cajas aquellos viejos testimonios escritos, decididas a mantener en secreto un asunto que no ha dejado nunca de proyectar una sombra negra en sus recuerdos. Y es que, tanto como la inquietud, las penalidades y los desvelos de las cuatro niñas abandonadas a su suerte (Gerhard fue incorporado de chaval a las baterías antiaéreas de Kassel), las cartas atestiguan el papel ominoso desempeñado por su padre no judío en la tragedia de Lilli Jahn. El varón por quien ella había renunciado a tantas cosas; a quien dio, como se decía entonces, cinco hijos, deshace en octubre de 1942 el matrimonio para casarse pocas semanas después con otra mujer.

Si se atiende al momento histórico en que se consuma el divorcio, éste supone para Lilli Jahn una sentencia de muerte. Y, en efecto, las fieras

uniformadas que llevaban largo tiempo rondando su casa no tardan en golpear con el puño en la puerta. Para los hijos que no comprenden la conducta del padre, que no se atreven a pedir explicaciones y que, a la postre, se ven forzados a vivir bajo un mismo techo con la madrastra aborrecida, el trauma quedará por siempre asociado a un tabú. Tabú que sólo pudo ser superado en fechas recientes por los nietos, uno de los cuales tomó bajo su responsabilidad la edición de las cartas mencionadas. La iniciativa, en cualquier caso, se llevó a cabo con un propósito evidente de reparación moral, procurando a una víctima del Holocausto (y con ella, simbólicamente, a todas la demás) un lugar digno en la memoria colectiva de los ciudadanos.

Nacida en la ciudad de Colonia el último año del siglo XIX, Lilli Jahn se crió en una familia de judíos acomodados. Estimulada por el ambiente doméstico, propicio al desarrollo de la sensibilidad artística, alimentó desde joven aficiones literarias y musicales. En tiempos en que escaseaban las faldas dentro de las universidades alemanas, Lilli Jahn completó de manera brillante sus estudios de medicina. Ejerció la profesión mientras no le afectaron las disposiciones antisemitas del régimen nazi. Fue todo lo emancipada que podía ser una mujer de la época. Aparte su propia fuente de ingresos, tenía un círculo amplio de amistades; pero también, y acaso fue ése uno de los factores determinantes de su tragedia, un carácter dulce y compasivo que a la edad de 26 años la llevaría a sacrificarse por el hombre débil que un día habría de dejarla en la estacada.

Todavía joven, Lilli Jahn abandonó su puesto de trabajo en la ciudad para irse a vivir con su marido, también médico, en una localidad rural situada a poco más de una docena de kilómetros al norte de Kassel. El pueblo es pequeño y está apartado de toda ruta principal. El cambio de residencia no debió de resultar sencillo para una persona como Lilli, mujer con trato de gentes, asidua de los conciertos y las representaciones teatrales. Pero no le falta, al principio cuando menos, en Immenhausen, que así se llama el sitio, un horizonte que confiera sentido a sus días: la práctica de la medicina, en tanto se lo permitan, y la crianza de los hijos, un niño y cuatro niñas, la menor de las cuales nacerá apenas tres años antes de que la Gestapo se lleve para siempre a su madre.

En un lugar donde todo el mundo se conoce resulta harto difícil dar un paso sin que se enteren los demás. A causa de la estrecha vecindad, los sentimientos hostiles tienden a exacerbarse rápidamente. Las víctimas experimentan el rechazo social de una manera inmediata, sin las rachas de alivio que el anonimato permite, hasta cierto punto, en los grandes centros urbanos.

Nada más instaurarse el régimen nacionalsocialista, la reducida colonia judía afincada en Immenhausen emprende la huida. A los nazis del pueblo, ansiosos por demostrar su adhesión a la barbarie, sólo les queda una presa en quien cebarse. El alcalde no se cansa de apremiar a la policía secreta para que venga a llevarse cuanto antes a la única judía del

pueblo. Una parte de los vecinos secunda el furor de la máxima autoridad local; el resto, salvo contadas excepciones, pasa de largo sin volver la mirada. Merecedores de estima hasta hace poco, a los Jahn se les rehúye ahora como a apestados. Lilli no está autorizada a recibir pacientes. Tuvo que arrancar de la fachada la placa con su nombre y apenas se atreve a salir de casa. Por si acaso ha puesto su caudal a nombre del cónyuge.

El acoso y prendimiento de aquella mujer bondadosa (ayudó, por ejemplo, a parir a la amante de su marido) resultan ilustrativos de la mentalidad legalista con que actuaba el aparato represor nazi. El objetivo, como se sabe, no es otro que la eliminación física del ciudadano judío. A dicho fin se promulgan leyes que no sólo justifican la persecución, la confiscación de bienes y el asesinato, sino que otorgan a la acción criminal auspiciada desde las instancias del poder una pátina de justicia. Menudean entonces los decretos arbitrarios, pero eficaces en su función de privar de inocencia a los elegidos para víctimas. Sentada la culpa, el verdugo puede presentarse como un benefactor a los ojos del pueblo.

El divorcio dejó a Lilli Jahn expuesta a restricciones legales que no le habían afectado mientras mantuvo su lazo matrimonial con un ario. Por espacio de nueve meses siguió acogida a la casa de su ex marido. Todavía la protege del destino atroz previsto para los de su estirpe la circunstancia de ser madre de cinco hijos no del todo impuros desde el punto de vista de la raza, uno de los cuales está, además, implicado en la defensa militar de Kassel.

Para Lilli Jahn comienza la última fase de su calvario en el verano de 1943, cuando, tras ser llamado a filas su ex marido, se convierte en la única ocupante de la casa. Por orden expresa del alcalde, cuyo tesón persecutorio al fin se corona con el éxito largo tiempo apetecido, Lilli y sus cuatro hijas son obligadas a abandonar el pueblo. En Kassel, donde les será asignado un piso, una pequeñez provoca la detención de Lilli. Un vecino partidario de las leyes antijudías vigentes la ha denunciado por fijar junto al timbre de la puerta un letrero en el que, además de figurar su título de médica, falta el obligatorio nombre de Sara.

Apresada la madre, las niñas se quedan solas. En Kassel les pilla el espantoso y, por qué no decirlo claramente, criminal bombardeo de octubre del año 43. El padre se deja ver de vez en cuando. Sus hijos le insisten para que haga gestiones cerca de un pariente relacionado con la Gestapo, con vistas a lograr la liberación de Lilli Jahn. El, hombre pusilánime, se muestra tibio, da largas al asunto, hace como que hace y al fin no hace nada. Las cuatro niñas, destruido por las llamas el edificio que las cobijaba, han de volver a la casa de Immenhausen, donde en adelante se verán sometidas a una difícil convivencia con la madrastra. Allí conocerán la discriminación que les cierra las puertas de algunos colegios. Las dos mayores, Ilse y Johanna, de 14 y 13 años respectivamente, no se cansan de enviar cartas a la madre ausente, a la madre esclavizada, tratando, por medio del relato de los hechos

cotidianos y de las muestras incesantes de cariño, de conservar una normalidad familiar que ya no existe ni existirá jamás.

Lilli Jahn falleció un día de junio de 1944 en el campo de exterminio de Auschwitz. En la actualidad, una calle y una escuela de Immenhausen llevan su nombre.

Fernando Aramburu es escritor, autor, entre otras, de las novelas *Los ojos vacíos* (2000) y *El trompetista del Utopía* (2003).

La historia de Lilli Jahn ha sido recuperada por su nieto, Martin Doerry (periodista de *Der Spiegel*), en *Mi corazón herido*, publicado recientemente en español por Taurus.

